

— Entonces vaya V. en seguida, ¿irá V.? — dijo Bitzer. — Le aguardan, y no tiene V. más que decir su nombre al criado. Estoy empleado en la casa de banca; y si va V. allí solo, pues no más he venido á buscarle, me ahorrará V. un viaje.

Esteban, que iba en dirección opuesta, volvióse y se dirigió, como era su deber, hacia el castillo de ladrillos rojos del gran Bounderby.

## CAPÍTULO XXI

### OBREROS Y PATRONOS.

— ¡Veamos, Esteban! — dijo Bounderby, con su voz tempestuosa. — ¿Qué es lo que he sabido? ¡Cómo! ¿Tratan á usted de ese modo aquellos miserables? Entre y hableme con franqueza.

Se le invitaba á entrar en el salón. La mesa estaba dispuesta para el te. La joven esposa del Sr. Bounderby, el hermano de ella y un apuesto caballero de Londres estaban allí. Esteban hizo su saludo, cerrando la puerta y permaneciendo junto á ella, con el sombrero en la mano.

— Vea al hombre de que le hablaba, Hart-house, — dijo el Sr. Bounderby.

El personaje, á quien se dirigía y que estaba sentado en el canapé y se disponía á hablar á la Sr. Bounderby, se levantó y dijo con acento de fastidio: « ¡Ah! ¡si! »; y se llegó perezosamente hasta la chimenea, junto á la cual se hallaba el Sr. Bounderby.

— Ahora — repitió Bounderby — hable con franqueza.

Después de los cuatro días que Esteban acababa de pasar en el aislamiento, estas palabras no podían dejar de producir en su oído una impresión desagradable y discordante. No sólo herían su alma lastimada, sino que parecían establecer, en realidad, que merecía el reproche de desertor egoísta que se le dirigiera.

— ¿Qué desea V. de mí, señor, si me permite? — preguntó.

— Pero si se lo acabo de decir — replicó Bounderby. — Hable con franqueza, hable como un hombre, puesto que V. es un hombre, y explíquenos su asunto y la historia de esa asociación de obreros.

— Dispénsese, señor — dijo Esteban Blackpool. — No tengo nada que decir sobre el particular.

El Sr. Bounderby, que se parecía más ó menos á una tempestad, cuando halló ese obstáculo, se echó inmediatamente á soplar sobre él.

— Mire V., Harthouse — exclamó — ahí tiene una muestra de nuestros operarios. Cuando ese hombre vino aquí, hace algún tiempo, le encargué que fuera con cuidado para con los extranjeros malhechores que infestan el país y que se deberían ahorcar por doquiera se les hallase. Previne á ese hombre de que iba por mal camino. ¡Pues bien! ¿Creerá V. que, en el momento que acaban de proscribirlo, se muestra tan esclavo que tiene miedo de abrir la boca acerca de ellos?

— He dicho que no tenía nada que decir de ellos, señor, pero no he dicho que tenía miedo de abrir la boca.

— *¡Usted ha dicho, usted ha dicho!* Pues mire: yo sé bien lo que V. ha dicho y, lo que es más, sé lo que ha querido decir, vea V. No es siempre lo mismo ¡carape! Son, por el contrario, cosas muy distintas. Hará V. mejor en decirnos inmediatamente que ese pillo de Slackbridge no se halla aquí para sublevar al pueblo; que no es uno de los jefes reconocidos del populacho, es decir, un canalla abyecto. Díganos V. eso en seguida. No puede V. engañarme, á mí. Si eso es lo que tiene V. ganas de decir, ¿por qué no lo dice V.?

— Deploro tanto como V., señor, que el pueblo sólo halle malos directores — dijo Es-

teban, moviendo la cabeza. — Toma los que se le presentan. Quizá la falta de hallar mejores guías no sea nuestro menor infortunio.

La tempestad empezó á arreciar.

— Esto principia bien ¿no es verdad, Harthouse? No existe mano muerta. ¿No es una bonita y pequeña muestra de la gente con que tratan nuestros amigos? Pero esto no significa nada, caballero. Va V. á oirme hacer una pregunta sencilla á ese hombre. ¿Podríamos permitirnos preguntarle, señor Blackpool (el viento empieza á soplar) el motivo por el cual ha rehusado V. formar parte de la asociación?

— ¿El motivo por el cual...?

— Sí — hizo el Sr. Bounderby, con sus dedos pulgares en la escotadura de su vestido, meneando la cabeza y cerrando los ojos, como si hiciera una confidencia á la pared, que contemplaba. — Sí ¿cuál es el motivo?

— Me hubiera gustado más no hablar de eso, pero ya que V. lo pide, y no quiero ser mal hombre, voy á contestarle que fué porque lo había prometido.

— No á mí, ya lo sabe V. — dijo Bounderby (tiempo borrascoso, entreverado de calma engañosa, calma chicha en aquel instante).

— No á V., señor. ¡Oh! no.

— No á mí, desde luego. No tengo absolu-

tamente nada que ver con ello. Para mí es como si no existiera esa cuestión — dijo Bounderby, dirigiéndose siempre á la pared. — Si no se hubiera tratado más que de Josué Bounderby de Cokeville, ¿hubiera V. ingresado en la liga sin vacilación?

— Sí, señor; es verdad.

— Aunque sepa — prosiguió Bounderby, convertido en huracán — que sus compañeros forman una turba de canallas é insurrectos, que merecen ser deportados, y ¡aun éste sería un castigo leve! Usted que ha corrido por el mundo, Sr. Harthouse, ¿ha encontrado alguna vez á un hombre parecido á éste, fuera de nuestro encantador país?

Y, con dedo irritado, el Sr. Bounderby señaló Esteban á su huésped.

— No, no, señora — dijo Esteban Blackpool, protestando vivamente de los epítetos que emitía su patrón y dirigiéndose institivamente á Luisa, no bien fijó su mirada en el semblante de la joven esposa. — No son insurrectos ni canallas. De ningún modo, señora, de ningún modo. No tengo mucho, por ello, que alabarme; lo sé y lo deploro. Pero entre ellos no hay doce hombres, señora... ¿doce? No; no existen seis que no crean haber cumplido su deber para con las demás como para

consigo mismos. Los conozco, los he frecuentado toda la vida, he comido y bebido con ellos, he vivido y trabajado con ellos y los he querido: Dios me libre, pues, de no salir en defensa suya, en nombre de la verdad, á pesar del mal que hayan podido cometer contra mí.

Hablaba con la vivacidad ruda que es propia de su clase y de su carácter, quizá aumentada por la convicción de que era fiel á sus hermanos, á despecho de su desconfianza; pero no olvidaba donde estaba y por ello su voz era algo queda.

— No, señora, no. Son leales los unos para con los otros, fieles los unos para los otros, afectos los unos á los otros hasta la muerte. Sea pobre con ellos, esté enfermo en su vecindad, tenga en medio de ellos una de esas penalidades que llevan la tristeza á la puerta de un hombre, y los hallará V. tiernos, dulces, compasivos y cristianos. Esté segura de ello, señora. Habría que descuartizarlos, y aun no cambiarían.

— ¡Bravo! — dijo el Sr. Bounderby. — Será por sus virtudes que le han dejado aislado. Díganoslo, mientras V. se halla aquí ¡Vamos! no se moleste.

— ¿Cómo es — repuso Esteban, que parecía siempre buscar un refugio natural en el semblante de Luisa — que lo mejor de nuestra

pobre gente sea precisamente la causa de tanto embarazo, de tanta desgracia y miseria? No lo sé. Y, sin embargo, es así. Lo veo como hay un cielo sobre mí, allá bajo, detrás del humo. No nos falta paciencia, con todo, y por lo general tratamos de obrar bien. Por lo tanto, no creo que toda la censura deba recaer sobre nosotros.

— ¡Ah! ya, amigo — dijo Bounderby, á quien el obrero, sin saberlo, había sacado de sus casillas, dirigiéndose á una tercera persona, en vez de hablarle á él — si quiere V. prestarme su atención durante medio minuto, no me desagradará tener con V. algunas palabras. Decía V., no ha mucho, que no tenía nada que decirnos sobre este asunto. ¿Está V. seguro de ello, antes de proseguir?

— Si, señor, estoy seguro.

— Hay aquí un caballero de Londres (el Sr. Bounderby designó al Sr. Harthouse con su dedo pulgar, por encima de la espalda) — un caballero del parlamento, y no me desagradará que asista á una pequeña conferencia entre V. y yo, en vez de comunicarle luego la sustancia, aunque no ignoro todo lo que va V. á decir. No hay quien, por adelantado, sepa las cosas mejor que yo, se lo prevengo, mas prefiero que lo oiga con su propio oído á que me crea bajo palabra.

Esteban inclinó la cabeza, saludando al ca-

ballero de Londres, cuya presencia no era útil para esclarecer sus ideas. Dirigió involuntariamente la vista al semblante en que había buscado ya refugio, pero una mirada de Luisa, mirada expresiva, aunque rápida, obligóle á volverse del lado del Sr. Bounderby.

— A ver, comuniquenos V. sus quejas — pidió el Sr. Bounderby.

— No he venido aquí, señor — le recordó Esteban — para quejarme. He venido porque se me ha enviado á buscar.

— ¿De qué — repitió el Sr. Bounderby, cruzándose de brazos — de qué se quejan Vds., los obreros en general?

Esteban le miró un momento con indecisión, más pareció tomar su partido.

— Señor, no he sido nunca fuerte en explicarme, aunque participe del mal. Claro es que estamos en un lodazal. Vea la ciudad, rica como es, y vea la gente que ha venido aquí á tejer, á cardar, á trabajar á destajo sin haber logrado nunca procurarse el menor solaz, desde la cuna al sepulcro. Vea cómo y en dónde vivimos; vea cuantos vivimos al día, y mire sin interrupción; vea ahora las fábricas que funcionan, sin dar nunca un paso, si no es hacia la muerte. Vea cómo nos miran, los que escriben sobre nosotros, y como envían sus delegaciones

al secretario de Estado, para hablar mal de nosotros mismos, y como no hemos sido más que gente irrazonable, desde que estamos en el mundo. Vea como el mal va siempre en aumento, siempre creciendo, como se va haciendo más cruel, de año en año, de generación en generación. ¿Quién puede ver eso, y decir, con el corazón, que ello no es un lodazal?

— Nadie, naturalmente — dijo el Sr. Bunderby. — Ahora hará V. el favor de comunicar á este caballero el modo de salir de ese lodazal, como dice V.

— Yo qué sé, señor. ¿Cómo quiere que lo sepa? No es á mí, á quien deben dirigirse para ello, señor. Los que están por encima de mí, y de todos nosotros, han de resolverlo. ¿Para qué servirían, señor, si no fuera para eso?

— En todo caso, voy á decirle lo que podríamos hacer, para empezar — replicó el Sr. Bunderby. — Media docena de Slackbridge nos servirán de ejemplo. Perseguiremos á esos canallas por crimen de felonía, y los haremos deportar á las colonias.

Esteban meneó la cabeza, gravemente.

— No diga que no lo haremos — dijo Bunderby, volviendo á su huracán impetuoso — porque lo haremos. Le doy mi palabra.

— Señor — respondió Esteban, con la tran-

quila confianza de una absoluta certeza — aunque prendiera V. á cien Slackbridge, aunque prendiera á todos los que existen, y los cosiera á todos en un saco para echarlos al mar más profundo que existiera antes de crearse la tierra firme, el lodazal quedaría del mismo modo que está. ¡Extranjeros malhechores! — continuó Esteban, con inquieta sonrisa. — He oído siempre hablar de esos extranjeros. No son ellos los que hacen el daño, señor. No es en ellos donde el mal principia. No los quiero ni tengo ningún motivo para quererlos, antes al contrario; pero es empresa vana é inútil tratar de que abandonen su oficio; antes precisería obrar de modo que este último les dejase. Todo lo que me rodea en esta habitación estaba ya en ella, cuando entré, y permanecerá aun aquí, después que me marche. Póngase ese péndulo á bordo de un navío y expidase á la isla de Norfolk, y ello no impedirá que el tiempo prosiga su camino. Pues bien: la misma cosa ocurrirá con Slackbridge.

Al dirigir de nuevo los ojos á su primer refugio, observó que Luísa miraba la puerta, en señal de advertencia. Dió algunos pasos hacia atrás, y puso la mano en el pestillo del cerrojo. Pero no había dicho aun todo lo que quería, en el fondo de su corazón sintió que era una

venganza noble por el mal que le hicieran sus compañeros, el acto de permanecer fiel, hasta el fin, á los que le habían rechazado. Detúvose, pues, para descargar lo que tenía sobre el corazón.

— Señor, no puedo, con lo poco que sé y á mi modo, indicar el medio de mejorar todo eso, aunque en la ciudad existen obreros capaces de decírselo, porque tienen más conocimientos que yo. Pero lo que sé bien y puedo decírselo, es lo que no se debe hacer, porque significaría un mal medio. La fuerza bruta, vea V., no es buen medio; la victoria y el triunfo no son un buen medio. Confabularse para dar razón siempre á los unos y culpa á los demás, es contra natura y no buen medio. No reformar nada tampoco es buen medio. No tiene V. más que dejar pudrir en un mismo pantano á miles y miles de individuos, para que éstos acaben por formar un pueblo aparte y V. otro, con un abismo negro entre ambos, y esto no puede durar siempre. No aproximarse con dulzura y paciencia, con maneras consoladoras, á los que están tan dispuestos á acercarse los unos á los otros, en sus penas innumerables y partir con ellos, en su miseria, lo que necesiten... (pues hacen eso, ve V., como ninguno de los sujetos que el señor habrá visto en sus viajes)... pues bien: tampoco

éste es un buen medio ni se conseguirá nada, mientras el sol no se convierta en un pedazo de hielo. Aun menos se hará tomándolos por la fuerza bruta, ó dirigiéndolos como si fueran guarismos de una suma ó máquinas; como si no tuvieran amor, ni simpatía, ni inclinaciones, ni un alma capaz de desalentarse, ni un espíritu inclinado á la esperanza; tratándoles, cuando están tranquilos, como si no tuvieran nada de eso, y reprochándoles, cuando se agitan, porque faltan á los deberes de humanidad para con V.: ello no será nunca buen medio, señor, en tanto no se deshaga la obra de Dios.

Esteban calló, con la mano en la puerta abierta, esperando, por si tenían que preguntarle algo más.

— Aguarde un instante, — dijo Bounderby, cuyo rostro estaba muy encendido. — La última vez que oí á V. quejarse, le previne que mejor sería tomar otro camino y que se saliese de ahí. También le advertí, si lo recuerda V., que se me alcanzaban sus aspiraciones á la cuchara de oro.

— Pues yo, señor, no comprendí nada de ello, se lo aseguro.

— Estoy convencido — prosiguió el Sr. Bounderby — de que V. es uno de los que siempre se quejan. Usted va á sembrar el des-

contento por doquiera y á cosechar la rebelión. Usted no se ocupa más que en eso, querido amigo.

Esteban meneó la cabeza, lo que era una protesta muda contra los que creyesen que él no hacía otro género de trabajo para vivir.

— Es usted un individuo tan contradictor, tan irritante y tan mal compañero de cama — dijo el Sr. Bounderby — que hasta en su misma esfera, entre la gente que mejor le conoce, se ha tenido que romper toda relación con V. Voy á decirle una cosa : por esta vez participo de su opinión... una vez no es costumbre... para hacer como ellos y romper toda relación con V.

Esteban volvió vivamente los ojos hacia el semblante del Sr. Bounderby.

— Puede V. acabar lo que tenga que decir — dijo Bounderby, con una inclinación de cabeza muy significativa — y podrá después buscar trabajo en otro sitio.

— Señor, ya sabe V. — dijo Esteban, con expresión — que si me rehusa el trabajo, no lo encontraré en parte alguna.

La respuesta fué :

— Sé lo que sé, y V. sabe lo que sabe. Nada más tengo que decirle sobre ello.

Esteban dirigió entonces una mirada del lado

de Luisa ; pero esta vez sus ojos no encontraron los de la joven esposa. Lanzó, pues, un suspiro, y murmuró con voz tan baja, que apenas lo oyeron :

— Que el cielo se apiade de todos nosotros, en este mundo.

## CAPÍTULO XXII

### LA DESAPARICIÓN

Era ya casi de noche, cuando salió Esteban de casa del Sr. Bounderby. Las sombras nocturnas habían descendido tan rápidamente, que no miró entorno á él, al cerrar la puerta, y subió acto seguido por la calle. Nada más lejos de su pensamiento que la vieja singular que encontrara, en ocasión de su primera visita á esta propia casa, cuando oyó detrás de él un paso, que reconoció y, al volverse, percatóse de que dicha vieja iba acompañada de Raquel.

— ¡ Ah ! ¡ Raquel, querida mía ! Y ¿ usted con ella, señora ?

— Ah sí, esto le extraña, y la verdad es que hay motivo — respondió la vieja. — Soy yo, otra vez, vé V.

— ¿ Cómo se halla V. con Raquel ? — preguntó